

Miriam Bonastre

Laia López

Sara Lozoya

EL PRÍNCIPE^{DE}_{LA} CALAMIDAD

Blanca Mira

El Príncipe de la Calamidad

Guion: © Blanca Mira

Ilustraciones:

© Míriam Bonastre: páginas 34 a 53; 92 a 102. Asistente de color Míriam Bonastre: Eiden

© Laia López: páginas 60, 61, 65, 73, 81, 86, 178, 184, 209, 211, 216, 218, 220, 226, 229.

© Sara Lozoya: páginas 10, 20, 23, 24, 29, 110, 116 a 122, 124, 128 a 134, 143, 152, 158, 174, 187 a 200, 205.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona. Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición. Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-1112-986-2. Depósito legal: B. 12.272-2022 (10305386).

Printed in EU / Impreso en UE. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en:

www.planetacomix.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Twitter/Youtube: @PlanetadComic

*8º calendario de
Eden Septem.*



En el albor de los tiempos, mucho antes del nacimiento de los primeros humanos, el mundo estaba habitado por unas criaturas pacíficas llamadas ágalos. Sin embargo, los humanos acabaron extinguiéndolos, aprovechándose de su poder y sabiduría para erigir su imperio sobre sus cadáveres sin compasión. Pero los ágalos, antes de extinguirse, les dejaron un legado en forma de maldición para castigar sus pecados: Las Calamidades.

Allá donde un humano cometa una masacre o un genocidio, nacerá una Calamidad que devorará su línea de sangre, convirtiéndoles en monstruos. Fue lo que le ocurrió a la familia Imperial de Eden Septem después de que su rey cometiera el mayor genocidio conocido en la historia.

El único superviviente de la familia Real fue el príncipe Zeth'dan ReK'Eden. Pero, desde aquel día, nada más se supo de él.



CAPÍTULO 1: EL PRÍNCIPE DE LA CALAMIDAD

—¡Bah! Este manuscrito no cuenta nada nuevo. Tres días de viaje para nada...

Un joven de alborotado cabello oscuro y reflejos rojizos a la luz, recogido en una refinada coleta que caía sobre su hombro, leía un manuscrito con desinterés, tumbado cómodamente sobre un amplio tejado de tejas parduzcas mientras la brisa agitaba su túnica marrón de un lado a otro. De su cintura descolgaba una vaina que resguardaba una espada de filo fino y alargado.

—Espero encontrar algo más interesante en este pueblo. Aunque primero tendré que averiguar cómo entrar a esa torre, allí deberían estar los manuscritos antiguos que estoy buscando...

Tenía una piel extrañamente cuidada y ligeramente bronceada, y un lunar adornando su mejilla derecha. Si bien, sus ojos, completamente distintos entre sí, eran sin duda lo más llamativo de su aspecto. El izquierdo lucía un matiz celeste asombrosamente claro y similar al cielo despejado, mientras que el derecho tenía la pupila alargada y el iris de un radiante y extravagante color escarlata. En su mirada se reflejaba una torre ubicada en el centro de la villa que sobresalía entre todas las construcciones de piedra gris y tejados de arcilla, con brotes de helechos asomando entre sus húmedas tejas.

De pronto, el joven saltó de aquel tejado como si la gravedad no tuviera nada que ver con él, y se posó en tierra estilosamente, llamando la atención de los viandantes, que murmuraban a su paso al notar claramente que era un forastero. Recorría las calles empedradas de aquella villa, de nombre Platina, entre los gritos de los comerciantes, los murmullos del gentío, las baladas de los bardos y el relinche de los caballos que tiraban de carretas y carruajes. El ambiente olía a leña quemada y a brisa marina. El joven continuó encaminándose hacia la torre, hacia donde conducían todas las calles principales, hasta que algo llamó su atención. Se detuvo frente a una elegante mansión, muy bien cuidada, y miró fijamente el blasón de la familia a la que pertenecía.

—Ese emblema... ¿no es el de los Blairer?

—¡¡Cuidadooooo!!

De pronto, mientras contemplaba el blasón, meditabundo, notó un frío y agudo corte en su mejilla y cómo un objeto de mediano tamaño pasaba por delante de sus ojos como un proyectil y caía a su lado, provocando un sonido metálico. El joven se quedó completamente paralizado, notando cómo una húmeda y cálida gota de sangre se escurría por su rostro hasta impregnar su lisa barbilla.

—¡Aaaaaay! ¡Perdón, perdón! —Una figura femenina corría hacia él a toda prisa. Su cabello dorado, cuyas puntas relucían en un intenso matiz anaranjado, estaba recogido en una alargada trenza alta que se agitaba golpeando su espalda al movimiento de sus pasos.

Su vestimenta, a diferencia de la del resto de damas de la villa, parecía apta para el combate. Lucía una prenda tono verdosa anudada al torso y que dejaba ver su cintura, y



un pantalón corto de piel marrón. Sus ropas guardaban armonía con el color cetrino de sus ojos. Su rostro estaba cubierto de pecas que caían azarosamente sobre su piel castigada por el sol, y su pecho lo envolvían varias y prietas vendas, así como sus manos. Estaba cubierta de sudor y jadeando. El forastero se encontró frente a frente con su agresora y le clavó una molesta mirada.

—¿Estás bien? —decía ella con nerviosismo—. Lo siento, estaba entrenando y se me escapó la espada de las manos...

—¿Entrenando? ¿Y qué entrenabas? ¿Cómo decapitar a un peatón?

La chica se sorprendió ante su mordaz carácter y su rudeza, especialmente tratándose de alguien a quien no conocía de nada. Si bien, lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, cuyo color dispar atrajo toda su atención por un instante.

—¿Eh? Pues... es que estoy entrenando esgrima. Quiero convertirme en una Blade del futuro rey —dijo ella con orgullo, apoyando los nudillos en su cintura.

—¿Blade? —preguntó él, mirándola con desconcierto—. ¿Tú?

—¿No sabes lo que es? El rey y la reinan Imperiales tienen tres Blades, ellos son quienes les protegen y velan por ellos mientras viven. Por eso el emblema del Imperio, Eden Septem, es una corona atravesada por tres espadas.

De repente, la chica escuchó un sonoro bostezo.

—¡Oye, tú! ¡Si no querías escucharme, no me preguntes! —protestó acalorada.

—A ver... sé perfectamente lo que es un Blade. La pregunta es si tú lo sabes. Los Blades no tienen vida propia, ni siquiera familia: viven, sangran y mueren por los reyes. No creo que sea el tipo de vida para una quinceañera noble como tú.

—¡Tengo diecisiete! —replicó ella, airada—. Y no me importa lo que pienses. Ni tú ni nadie. Mi padre era el tercer Blade del antiguo rey y yo seré como él.

—¿Tu padre era un Blade...?

Ella agachó la cabeza ligeramente para responder.

—Sí... abandonó al rey y su juramento como Blade. Mi madre me contó que fue porque el rey perdió el juicio. Desde entonces, vivió una vida de humillación en este pueblo, y aun así...

Él escuchaba con atención, mientras que a la chica parecía costarle pronunciar las palabras que se disponía a decir, como si le dolieran.

—El día en que una Calamidad atacó Platina, mi padre les protegió y dio su vida por todos. Cuando todos en la villa huyeron, él se enfrentó solo a la Calamidad y murió. Pero nadie le reconoció. Lo único que se recuerda de él es que fue un traidor que abandonó a su rey, y yo ni siquiera pude conocerle... —decía soportando las lágrimas que se agolpaban en sus ojos—. Pero sé que las Calamidades volverán a atacar. Y cuando lo hagan yo, Yune Von Blairer, estaré preparada para vencerlas. Demostraré que me puedo convertir en una Blade y restauraré el honor de mi padre. Por eso... ¡no me importa lo que los demás piensen o que te rías de mí!





El joven mostró una sonrisa de complicidad.

—Nunca me reiría ante una determinación como la tuya. Cualquier rey tendría suerte de tener a una Blade tan dedicada como tú.

La actitud hostil de la joven vino a menos tras escuchar sus amables palabras. De pronto, relajó su gesto y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Pero... conoces la situación actual en el Imperio, ¿verdad? No hay ningún rey —cuestionó él.

—Sí... oí que, hace años, toda la familia Real menos el príncipe se convirtieron en Calamidades. El Imperio cayó, todos los reinos se sumieron en el caos... pero aun así, dicen que hay un héroe reuniendo un gran ejército para recuperar el Imperio. Por eso yo quiero estar a la altura de convertirme en su Blade algún día. Quiero enfrentarme a una Calamidad y derrotarla para probarme.

Él se rascaba la nuca sonoramente, con gesto de apatía.

—Todo eso es muy bonito, pero si aprecias tu vida, olvídate de vencer a una Calamidad con una simple espada. Si aparece una, lo mejor que puedes hacer es huir con tu familia lo más lejos posible. Hay mejores formas de probarse que inmolarse.

—No tengo familia... a mi madre se la llevó una enfermedad cuando era pequeña. Pero oye... ¿cómo sabes tú tanto sobre las Calamidades, *vagabundo*?

Una punzada helada atravesó al chico mientras escuchaba la palabra "vagabundo" reverberando en su cabeza. Se esforzaba por mantener una intermitente sonrisa.

—Vagabundo, ¿eh...? Mejor llámame Zeth. Y sobre las Calamidades... digamos que he leído sobre ellas. Son monstruos que nacen en los lugares donde se comete un genocidio. Y una espada corriente no las dañará.

—¿Tú sabes cómo derrotarlas? ¿Me enseñarías, señor vagabundo?

—Lo de ponerle "señor" delante no lo arregla, ¿eh? —Zeth observó de reojo a una patrulla compuesta por dos guardias que transitaban las calles alrededor de la mansión, hablando a voces. Una sonrisa vil se compuso en sus labios—. Y lo siento, pero voy a ser yo quien necesite tu ayuda. He de ir a un lugar y esta es la única forma de que alguien como yo pueda entrar en ese sitio, así que me vas a perdonar por lo que voy a hacer, futura Blade del rey.

—¿Eh?

En un movimiento súbito e imperceptible, Zeth se colocó detrás de la chica y sujetó sus brazos a la espalda a modo de llave, tratando de no apretarle demasiado, pero impidiendo que se liberase.

—¡¡Dame todo lo que tengas, pécora noble!! —gritó exageradamente—. Creo que eso es lo que dicen los ladrones en estas situaciones, ¿no? —agregó en un tono despreocupado.

—Pero ¿¡qué haces!?! ¡Así que no eras más un vulgar ladrón! ¡Maldito vagabundo del culo! —gritaba ella, asustada, pero llena de ira.

—¿Vagabundo del culo? ¿Ese es tu mejor insulto? —Zeth no pudo evitar romper a reír.



Los guardias de alrededor escucharon los gritos de la dama y no tardaron en percatarse del intento de "hurto", acercándose espada en mano y deteniendo a Zeth inmediatamente. Le sujetaron de los hombros y le apartaron de la chica de un empujón que le arrojó al suelo. A continuación, le amenazaron con el filo de sus espadas. Él levantó las manos y no opuso ninguna resistencia.

—¡Maldita sabandija! ¿Cómo te atreves a amenazar a la señorita Blairer!

—¡Encima a plena luz del día! ¡Irás al calabozo de cabeza!

—En marcha al calabozo, entonces —ironizó Zeth. Los dos guardias, furiosos, amarraron sus manos con una cuerda y le arrastraron humillantemente calle en adelante, prácticamente barriendo el suelo con él, en dirección a la torre central de la villa, donde se encontraban los calabozos, mientras Zeth se dejaba llevar. Volvió la cabeza un instante y miró a Yune, guiñándole el ojo.

—Gracias por tu ayuda.

Yune fue capaz de leer sus labios y se quedó perpleja, observando su figura, cómo empequeñecía, llamando la atención de los ciudadanos de calle en calle, y se alejaba por momentos hasta que, finalmente, le perdió de vista entre el gentío.

—¿Qué le pasa a ese tipo? ¿Por qué me da las gracias...? ¿De verdad era un ladrón?

Los guardias arrojaron a Zeth a una oscura y húmeda celda repleta de mujeres y hombres, algunos corpulentos, otros en los huesos, la mayoría vestidos con harapos. El desagradable hedor en el interior parecía restarle años de vida cada vez que respiraba. Los presos no tardaron en interesarse por la sangre nueva.

—Oh, un crío. No tendrás ni veinte años, ¿qué has hecho para estar aquí? ¿Le has levantado las faldas a alguna noble? ¡Ja, ja, ja! —dijo uno de sus compañeros de celda, provocando las carcajadas infames del resto.

—Qué malotes que sois. A vosotros os han encerrado aquí por vuestro sentido del humor, ¿no?

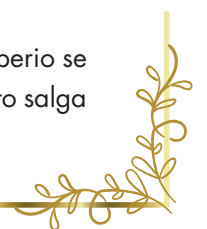
El prisionero se cruzó de brazos, haciendo alarde de sus abultados bíceps, y le miró con una sonrisa vil.


—Los tienes bien puestos si te atreves a hablar así en un lugar como este.

Zeth, haciendo oídos sordos a su provocación y sin intenciones de continuar la disputa, se apartó del resto, ignorándoles y acercándose a las rejas. Parecía mover su mano de forma ágil y misteriosa. Entretanto, los prisioneros, apoyados en las paredes o sentados en el suelo, llevaban sus miradas hacia el único lugar por el que penetraba un resquicio de luz: una pequeña lucerna redondeada, desde donde podía escucharse el sonido de las olas. Al otro lado era imposible distinguir dónde acababa el cielo y dónde comenzaba el mar.

—El cielo está tan revuelto como aquel día, el que apareció la Calamidad —decían, conversando entre ellos.

—Desde que ese príncipe cobarde... Zerdan o no sé qué, dejó Eden Septem, el Imperio se convirtió en un caos y todo el mundo huyó, dejando allí sus botines y fortunas. En cuanto salga





de este calabozo putrefacto, pienso ir al Imperio a saquearlo todo —dijo uno de los presos más corpulentos, de cabello puntiagudo y cobrizo.

—Dicen que la Calamidad del rey sigue vagando por el Imperio, ¿qué pasa si te lo encuentras? Lo mejor que puede pasarte es que te mees en los pantalones —comentó una de las presas.

—No hace falta llegar tan lejos para saquear unas cuantas mansiones de ricos, pero si me encuentro a ese puto rey, patearé su culo Real, ¡ja, ja, ja!

De repente, el estruendo de las rejas de la celda llamó la atención de los prisioneros e interrumpió su conversación. Zeth les sonreía con malicia desde el otro lado, alardeando con las llaves girando alrededor de sus dedos, mientras el vigía yacía inconsciente a sus pies. De alguna forma, había logrado escapar.

—¡¡Eh!! ¿¡Cómo lo has hecho!?! ¿¡Cómo le has quitado las llaves!?!

—Ningún artista revela sus secretos. Pero digamos que tengo unos cuantos “trucos”.

—¡Pues libéranos a nosotros también, niñato! —gritaban los presos.

—Esperad, dejad que me lo piense... —Zeth llevó la mano a su barbilla—. Nop —concluyó, negando con el dedo índice y alejándose de la celda entre los gritos y réplicas de los maleantes.

—¡Oye! ¡¡Desgraciado!! ¡Como te pille fuera, te voy a degollar con mis propias manos!

Se desató una clamorosa tormenta que arreciaba por momentos sobre la villa de Platina. Zeth ascendía las escaleras en forma de caracol de aquella torre de piedra mientras los sonoros relámpagos irradiaban sus alrededores a través de los ventanales durante efímeros instantes. La sombra de Zeth se proyectaba en las paredes tras cada fulgor. Pero aquella sombra no parecía humana, sino la figura de un ser alado con extrañas deformidades en sus extremidades, completamente diferente a un ser humano.

En lo más alto de la torre, Zeth llegó finalmente a su destino: una antigua biblioteca cubierta de telas de araña y polvo por todas partes, lo que daba a entender que había permanecido cerrada y abandonada durante años. La estancia era más amplia de lo que hubiera imaginado viendo las dimensiones de la estructura desde el exterior.

—Aquí es... la biblioteca que esconde los manuscritos prohibidos de Platina. Aquí debería haber información sobre los áqalos y la maldición... Por favor, ¡que no sea otro viaje en vano! —rogaba, dando una palmada y juntando las manos.

Zeth se adelantó a las estanterías, apoyó su espalda contra ellas y comenzó a leer un libro tras otro, apartando el polvo de las cubiertas. Leía y leía en diagonal, tan rápido como podía, mientras amontaba una torre de manuscritos acabados a su alrededor que cada vez aumentaba más y más su tamaño

—Ni un solo libro sobre los áqalos o la maldición... con lo que odio perder el tiempo... —De pronto, uno de aquellos manuscritos, que parecía mucho más actual que el resto, llamó su atención—. Esto es... el registro de la batalla de hace diecisiete años, cuando esa Calami-



dad atacó Platina... Ocurrió cuando yo tenía más o menos cinco años... O sea, que no era de mi familia... —murmuraba para sus adentros.

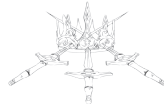
Comenzó a leer el manuscrito, línea por línea, con toda su atención esta vez, devorándolo. Tan pronto llegó a las últimas páginas, lo cerró de un contundente golpe que hizo salpicar una gran cantidad de polvo, mostrando una expresión de sobresalto.

—Mierda... así que eso fue lo que ocurrió con la Calamidad... ¿¡Cómo no me he dado cuenta antes!?

A continuación, se acercó a la ventana del torreón.

—Supongo que no hay más remedio que salir por aquí.

Sin pensarlo ni un momento, apoyó una rodilla para ayudarse a elevarse por la ventana y, a continuación, saltó y se precipitó al vacío sin ningún temor.



Entretanto, en el jardín de la mansión Blairer, Yune continuaba practicando estilosos movimientos con su espada sin haber tomado ni un descanso. Apenas había parado ni para comer. Le temblaban los brazos, apenas le quedaban fuerzas ni para sostener el mango de la pesada espada. Un mango donde estaba representado el emblema familiar y donde pesaba también la herencia de su padre. Las vendas que envolvían sus manos se teñían de rojo por sus rozaduras y heridas, pero ni el dolor ni tampoco la lluvia le había disuadido de continuar con su entrenamiento. Continuaba azotando su espada en elegantes movimientos, cortando el velo de agua, bajo el aguacero, empapada y jadeando.

—¡¡Oye, tú!!

Aquella voz que la reclamaba en la distancia sobresaltó a la chica y le erizó la piel.

—¡Él...!

Tan pronto reconoció a Zeth, se arrojó sobre él, propinando una acometida con su espada que Zeth logró esquivar a duras penas, perdiendo un mechón de su cabello que le cortó en un tajo perfecto.

—¡Oye, loca! ¿Ahora también se te ha escapado la espada?

Ella le dirigía una furiosa mirada.

—Bellaco... ¿Cómo te atreves a volver aquí? ¿¡Cómo has escapado del calabozo!?! ¡Antes me pillaste desprevenida, pero yo misma me encargaré de ti y de que no puedas volver a robar a nadie! —gritaba amenazante.

—¡Escúchame! No pretendía robarte. Necesitaba entrar a la torre de Platina y solo había dos formas de hacerlo: con una invitación o como prisionero. Tuve que decantarme por la segunda opción, porque no tenía otra.





Ella no le perdía de vista. No creía ni una palabra de lo que decía.

—He vuelto porque necesito preguntarte algo, Yune. Es importante.

La rubia sintió cierta cercanía al escucharle pronunciar su nombre. Era un desconocido, pero aun así, recordó su nombre. No sabía qué pretendía, pero por más que analizaba la actitud de Zeth, no le parecía la de un maleante.

—¿Importante? Di. —Relajó el brazo y dejó de amenazarle, con intención de escucharle.

—Dijiste que no llegaste a conocer a tu padre, ¿eso significa que no habías nacido cuando murió?

Ella ladeó la cabeza, confundida.

—Así es. Cuando la Calamidad atacó Platina, mi madre estaba embarazada de mí y fue ella quien me contó lo que ocurrió. Estuvo junto a mi padre hasta el último momento.

Su respuesta alteró a Zeth aún más.

—Escúchame, Yune... Tu padre no derrotó a la Calamidad.

La chica se quedó sin respiración por un instante, sobresaltándose.

—¿De qué hablas!?

—Perdóname por esto.

Zeth, sin mediar palabra, dio un paso al frente y desenvainó la espada de la vaina de su cintura. El filo de aquella peculiar espada era completamente negro, como el cielo de una noche sin estrellas. Inmediatamente, atravesó con ella el pecho de Yune que, con la boca abierta y un gesto de profunda incredulidad, no tuvo tiempo para reaccionar. Cayó arrodillada y se llevó las manos al lugar donde le había atravesado. Pero no sentía ningún dolor. No era sangre lo que emanaba de su cuerpo, sino una extraña bruma oscura. Aquella bruma tomaba forma lentamente, cada vez alcanzando mayor y mayor tamaño, hasta convertirse en un terrible monstruo cuadrúpedo, con la carne descompuesta y atravesada por cientos de espadas. Su lengua gangrenada caía de su mandíbula destrozada. Su rostro lo componían numerosos bultos tumorosos por los que parecía poder ver. Su presencia se proyectaba poco a poco, ensombreciendo la villa.

Los aldeanos revivían sus más terribles pesadillas al enfrentarse a la imagen de la misma Calamidad que atacó la ciudad en el pasado. Tan pronto fueron conscientes de su presencia, huyeron a toda prisa, en pánico, hacia la torre del castillo, donde buscar refugio.

—¡Es la Calamidad! ¡La Calamidad que atacó hace diecisiete años! ¡Corred!

Yune miraba hacia las alturas, contemplando a la imponente Calamidad, completamente paralizada y asustada. Creía estar preparada para enfrentarse a ellas, es para lo que entrenó cada día de su vida, pero jamás imagino que se trataría de un monstruo tan terrible y horrendo, con un aura tan mortífera. Se preguntaba cómo su padre fue capaz de cosechar valor para hacer frente a una criatura tan monstruosa en solitario y, tan solo con pensarlo, todo su cuerpo comenzó a temblar. Si bien, algo refrenó su espanto. Zeth apoyó las manos en sus hombros y le ayudó a recomponerse.



—Tranquila. Esta espada no puede dañar a los humanos, solo a las Calamidades —dijo, mostrándole la espada de filo ennegrecido—. Lo que ves es la Calamidad contra la que tu padre luchó. Ocultó su esencia en tu interior para sobrevivir.

—Pero entonces, ¿mi padre no acabó con ella...?

—Ya te lo dije. Ningún humano puede vencer a una Calamidad. Tu padre era un hombre extraordinario que, con ayuda de otro Blade, probablemente hubiera sido capaz de vencer. En solitario fue lo suficientemente fuerte como para obligar a la Calamidad a retirarse y a ocultarse. Y esa Calamidad se escondió en tu interior antes de que nacieras.

—Pero ¿cómo...? ¿Por qué...? —Los ojos de Yune, abiertos de par en par, denotaban su confusión e incredulidad.

—Dijiste que tu madre fue la única persona que había cerca de tu padre en sus últimos momentos. La Calamidad, derrotada, debió ocultar su esencia en un ser nonato como tú, donde no sería descubierta, para sobrevivir.

—Entonces... todo este tiempo... ¿esa Calamidad estuvo dentro de mí? —Yune dejó caer su espada y observó atónita las palmas de sus manos, con los ojos temblorosos. Pero de pronto, el fervor se apoderó su mirada y sus labios compusieron una sonrisa de euforia—. Es... Es la oportunidad que estaba esperando. —Su corazón latía con una mezcla de terror y excitación a partes iguales—. Debo superar el miedo y enfrentarme a ella. ¡Derrotaré a la Calamidad y así demostraré que...!

—¿¡Acaso no me has oído!? —gritó Zeth, interrumpiéndole—. Ningún humano puede vencer a una Calamidad. Solo un monstruo puede vencer a otro monstruo.

Conforme pronunciaba aquellas palabras, el cuerpo de Zeth se transformaba lentamente. De su espalda surgieron dos recias alas de plumaje azabache. Su brazo derecho se convirtió en una garra llena de escamas oscuras y brillantes que continuaban ascendiendo hasta llegar a su cuello y contagiar la mitad de su rostro. Sus colmillos crecían y se volvían mucho más puntiagudos.







Yune no podía creer lo que sus ojos le mostraban.

—No puede ser... Tú... ¿eres una Calamidad?

—Ponte a salvo. Yo me encargaré de ella. —Zeth alzó sus alas, despidiendo multitud de plumas azabache que el viento arrastró, y las batió con arrojo para encararse contra su enemigo sin temor alguno, logrando llamar su atención.

Zeth empleó su garra como arma, consiguiendo herir a la Calamidad con un corte lineal en el costado. Los rugidos del monstruo ensordecían el ambiente y dejaban entrever su sed de sangre tras regresar a la "vida". El diestro joven manejaba el combate con ventaja. Gracias a su movilidad, esquivaba cada acometida de la Calamidad y lograba asestarle continuos golpes y cisuras en su cabeza y extremidades que la hacían retroceder, ganando terreno y consiguiendo alejarla del núcleo de la villa mientras sus habitantes continuaban huyendo en busca de refugio.

Yune observaba impresionada la destreza de Zeth en combate. Nunca había visto a nadie luchar de aquel modo, tan agresivo, con golpes tan contundentes, y al mismo tiempo de un modo tan inteligente y comedido. Casi parecía como si pudiese leer los movimientos de su adversario. Pero de pronto, un sonido hizo que su corazón se detuviera. A pesar de que nunca la había oído, escuchó una voz que, de algún modo, le era familiar:

—Hi... ¡a... ayúdame. Yune... ayu...da...

—¿Papá...?

De repente, Yune ya no veía a un monstruo al mirar a aquella Calamidad, sino a su padre. Y le estaba pidiendo ayuda. Parecía imposible, pero ¿y si su padre había sobrevivido de algún modo? Halló la espada de filo ennegrecido de Zeth en el suelo y la observó con incertidumbre. Incapaz de ignorar los gritos de socorro de su padre, agarró la espada con ambas manos, corrió hacia ellos y se interpuso entre Zeth y la Calamidad en el intento de protegerle, amenazando a Zeth con la espada, desesperada.

—¡Yune! ¿¡Qué haces!?



—¡No puedes matarle! ¡Creo que mi padre está ahí! Si le haces daño, te atravesaré con esta espada —dijo, amenazante—. Dijiste que no hacía daño a los humanos, pero sí a las Calamidades, ¡y tú eres una Calamidad!

—¡No es tu padre! ¡Intenta engañarte! —Trataba de explicarle—. Te lo dije... ¡las Calamidades hacen cualquier cosa para sobrevivir!

—¿¡Y por qué tengo que creerte a ti!?! ¡Tú también eres una Calamidad! ¡Dime por qué no debería acabar contigo primero!

Zeth trató de relajar su postura y razonar con la acalorada chica.

—Escúchame, la Calamidad ha vivido dentro de ti, conoce todos tus recuerdos y debilidades. Ha recreado la imagen mental que tienes de tu padre, ¡pero no es él! ¡Te lo aseguro! ¡Porque yo conocí a tu padre y él era...!



Antes de que Zeth lograra acabar de hablar, la Calamidad le asestó un fortísimo golpe que le hizo salir despedido contra la mansión Blairer, estampándose contra la fachada, que se derrumbó entre estruendos y polvareda. Sus pensamientos no estaban en la lucha y por un instante perdió de vista a su adversario. Una gran cantidad de sangre comenzó a brotar de su frente y su brazo izquierdo, así como de las comisuras de sus labios.

—Mierda... sangre...

El torrente de sangre caliente y de un color negro profundo despertó un feroz instinto en su interior. El aspecto de Zeth parecía cada vez menos humano y más monstruoso. Su garra se movía por sí sola, dando espasmos incontrolables.

—¡Zorafer, no...! ¡Ahora no...! —Zeth trataba de sujetar su garra con su brazo humano, pero no había nada que pudiera hacer. Perdía el control de su cuerpo por momentos. Cuanto más se acercaba la Calamidad enemiga, más crecían sus instintos.

Yune observaba cómo la Calamidad, paso tras paso, arrasaba su villa. Cómo destruía los edificios, los negocios y los recuerdos de todos sus vecinos y de la infancia que había vivido junto a ellos. Y también el sufrimiento de Zeth, tratando de resistirse y no perder el control.

—Papá... ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme? —susurraba ella, observando a la criatura—. Nunca te conocí, pero cada noche escuché todas las historias que mamá me contó antes de irse a tu lado. Para mí siempre fuiste un héroe, un ejemplo a seguir. Me imaginaba cómo sería tu voz pronunciando mi nombre, tu mirada amable, tu fuerza al luchar y... no era nada parecido esto. Papá, tú jamás harías daño a otras personas, ¿verdad?

Zeth, en su propia lucha interna, trató de hacer acopio de aliento y razonar con Yune.

—Yune, lo que queda de tu padre no está dentro de esa Calamidad, sino dentro de ti. En tu corazón, en tus pensamientos... ¡Por eso, haz lo que él habría hecho!



Ella, emocionada tras su reflexión, asentía, empuñando la espada con determinación.

—Eso es... acabaré con la Calamidad y les protegeré a todos, ¡tal como habría hecho mi padre! ¡Y con eso honraré su recuerdo!









Yune se abrió paso, corriendo con determinación hacia la Calamidad, esquivando los continuos escombros que caían.

—Es Yune... ¿la hija de Balder el Rompejuramentos?

—¡No puede ser, está luchando contra la Calamidad! —murmuraban entre sí al ser testigos de aquel combate desproporcionado.

La Calamidad se disipaba lentamente tras que su núcleo fuese atravesado por el filo de la espada negra y Zeth, sin ningún apoyo, cayó al suelo, rendido. Tras recuperar la calma, su aspecto volvía a la normalidad lentamente. Inmediatamente, Yune se agachó, pasando su brazo por encima de sus hombros y ayudándole a reincorporarse.

—¡Vamos! Los aldeanos no pueden verte así, vagabundo. ¡Corramos!



Ambos se alejaron de la villa poco a poco, corriendo tal como pudieron hasta las afueras, hacia las planicies alfombradas de verdes gramales. Aparentemente a salvo, mientras jadeaban con desesperación para atesorar aire tras el sangriento combate y la posterior huida, Yune rasgó su vestido y trató de hacer un torniquete en la herida del brazo de Zeth.

—Gracias... Y gracias por confiar en mí, Yune —dijo él.

Ella le miró directamente a los ojos, escudriñándole con sus profundos iris cetrinos, mientras apretaba el improvisado vendaje.


—Tú... dices que conociste a mi padre... tienes una parte de Calamidad... Sé quién eres —declaró ella, tomando por sorpresa a Zeth—. Eres el príncipe que sobrevivió, el que llaman “el príncipe de la Calamidad”, Zeth’dan Rek Eden, ¿verdad? Por eso conocías a mi padre.

Zeth no contestó, se limitó a retirar el brazo y a alejarse de ella sin decir nada más, en dirección al camino de tierra para abandonar la villa. Yune caminó tras él, no estaba dispuesta a dejarle marchar sin obtener respuestas.

—¿Por qué huiste? ¿Por qué abandonaste a los reinos a su suerte cuando más te necesitaban? Tú mismo lo dijiste, tras la caída de la familia Real el Imperio se convirtió en un lugar de ruinas y muerte que trajo la perdición a todos los reinos de alrededor. Apenas quedan lugares seguros y mucha gente está sufriendo y muriendo. No son solo las Calamidades, los maleantes se están aprovechando de que ya no hay una figura de poder para cometer delitos y hacer daño a mucha gente. El deber de un rey debería ser defender a su pueblo. ¡Ese era tu deber!

Pese al aluvión de reproches desmedidos que estaba sufriendo por parte de la chica, Zeth mantuvo la compostura. Se detuvo, volvió la cabeza para mirarle a los ojos y, con serenidad, le contestó:

—Hablas como si el sufrimiento de los demás no me importase, pero no es así. Me importa. Pero hay algo más importante para mí.



—¿Qué puede haber más importante para un rey que su pueblo?

Él agachó la cabeza. Por primera vez desde que Yune le conoció, su gesto parecía serio y ensombrecido, como si contuviese un profundo dolor.

—Mi hermana pequeña... Toda mi familia fuimos malditos y convertidos en Calamidades por culpa del genocidio que cometió mi padre. Y ella también. Tenía trece años y su único pecado fue llevar la misma sangre que mi padre. —Zeth apretaba el puño con aflicción e impotencia—. Por eso, mi principal preocupación es encontrarla y salvarla como sea. Estoy seguro de que es posible. No dejaré de buscarla y reunir información hasta que lo consiga. O hasta que Zorafer, la Calamidad que me poseyó, acabe conmigo, claro.

Yune se quedó perpleja ante la determinación y la valentía de Zeth. El que para ella no era más que un vulgar vagabundo despreocupado y ladrón, era en realidad el príncipe Imperial desaparecido, que vivía atormentado en una continua lucha contra una Calamidad que trataba de poseerle, y cuyo propósito no era otro que salvar a su hermana pequeña.

—Tu hermana... ¿de verdad es posible salvarla?

—No lo sé, pero si hay una posibilidad, debe estar escrita en los manuscritos antiguos que hablan sobre la maldición de los ágalos. Llevo años viajando para encontrarlos, pero hasta ahora no he encontrado ninguna información valiosa.

—¿Así que por eso viniste a Platina...? ¿Por los manuscritos?

—Sí... Escuché que había algunos en la biblioteca de la Torre de Platina. Allí fue donde encontré información sobre la Calamidad contra la que luchó tu padre y lo que sucedió. Pero ninguna información valiosa para mi causa.

La rubia parecía meditabunda. Pero no tardó en llegar a una conclusión.

—Si quieres información... tal vez deberías ir a la Ciudadela, la gran escuela del mundo. Allí está toda la información que existe desde los orígenes del mundo, y aunque te costará encontrarlos, también habrá manuscritos antiguos.

—¿Crees que no lo sé? —contestó él—. Pero no puedo ir a la Ciudadela, fui expulsado de allí cuando era estudiante. Colarse ahí no es tan fácil como hacerlo en la torre de un pueblucho de campesinos como este.

Yune no cabía en su asombro.

—¿Qué...? ¿¡Expulsado de la Ciudadela!?! ¿Pero si eres el príncipe Imperial! ¿¡Qué hiciste para que te expulsaran!?

Él se rascaba el pómulo con el dedo índice, desviando la mirada.

—Es una larga historia...

La rubia, sin intenciones de indagar ni forzarle a hablar, dio un espontáneo brinco para situarse frente al príncipe, llena de energía.

—¡Bueno, pues tengo algo que proponerte, príncipe Zeth'dan! Tú sabes ir a la Ciudadela, ¿verdad? ¡Pues llévame y yo obtendré esa información para ti! Soy una noble de la familia Blairer y tendré total acceso a los manuscritos antiguos.



Zeth parecía confundido ante aquella alocada propuesta.

—¿Y tú por qué diablos quieres ir a la Ciudadela? ¡Está a medio continente de aquí!

—Ya te lo dije, ¿no? Quiero convertirme en Blade. Hoy he dado cuenta de que nunca lo conseguiré si me quedo aquí y no avanzo. Ni siquiera podría haber vencido a la Calamidad de antes sin ti. Tengo que aprender y los mejores maestros de esgrima y artes están en la Ciudadela.

Él mostraba un gesto disconforme mientras la escuchaba.

—Todos los nobles estudian allí ... pero yo nunca tuve esa oportunidad porque estaba sola en Platina. Pero ahora... si viajo contigo es distinto. ¡Vamos, acepta, príncipe Zeth'dan! ¡Los dos salimos ganando!

Zeth cerró los ojos con disgusto y se apretó la sien.

—Llevo viajando por todo el Imperio y los seis reinos durante mucho tiempo y, sinceramente, la Ciudadela podría ser mi mejor opción... Incluso diría que mi única opción a estas alturas. Pero sabes que es un viaje peligroso, ¿no? —agregó, reticente—. El mundo no es como tu aldea de campesinos que se tiran pedos. Está lleno de gente horrible, algunos son incluso peor que las propias Calamidades. Y hay más Calamidades además de las de mi familia.

—Ya lo sé, pero ahora tengo esta espada —dijo, mostrando la espada de filo ennegrecido que pertenecía a Zeth.

—Vaya, resulta que al final la ladrona eras tú, ¿eh? —ironizó él—. En fin... tampoco sé cómo están las cosas en la Ciudadela actualmente, pero si quieres venir conmigo, tengo tres condiciones. Tienes que prometer que las cumplirás.

Ella asentía con la cabeza con afán.

—La primera: llámame Zeth. Ni vagabundo, ni Zeth'dan, ni príncipe, ni nada del estilo. La segunda: no te enamores de mí. Las Blades no pueden tener escarceos amorosos.

Las palabras de Zeth arrancaron los colores a Yune. La inocente chica no sabía qué decir o cómo reaccionar.

—¡Eres un engreído...! ¡Para empezar, nunca me enamoraría de alguien como tú, porque no eres mi tipo...! —replicaba con nerviosismo—. Y bueno... ¿cuál es la tercera?



Él respiró profundamente para responder.

—Si Zorafer, mi Calamidad, me poseyese por completo... si me convierto en un monstruo y no puedo volver en mí... acaba conmigo con esa espada sin dudarla, ¿entendido? —dijo, señalando la espada de filo ennegrecido que Yune portaba—. Esa espada pertenece a los Sabios, un pueblo antiguo que adoraba a los áqalos, y es la única arma efectiva contra Zorafer.

La chica abrió los ojos de par en par, impresionada. No esperaba que, entre bromas y tono jocosos, Zeth fuera a decir algo tan asombrosamente serio y duro. Pero no tardó en volver a cerrar sus ojos, digerir aquellas palabras y tratar de hacer acopio de valentía para responder al príncipe lo que necesitaba oír:

—Lo haré. Acepto tus condiciones. Todas.





Él sonrió. Por primera vez en mucho tiempo, dejó de sentir que estaba solo en su interminable batalla, y que podía confiar en otra persona.

—Y ahora vamos, ¡la Ciudadela nos está esperando! —exclamó la chica a continuación, iniciando la marcha con plena energía, bajo los haces de luz del sol que se abrían paso entre las nubes tras la tormenta—. Oye, Zeth, ¿puedo pedirte una cosa?

Zeth atendió lo que iba a decir mientras seguía los pasos de la enérgica chica.

—¿Podrías hablarme de mi padre por el camino? Cuéntame todo lo que recuerdes sobre él.

El príncipe sonrió y asintió con la cabeza, dispuesto a contarle todo aquello que recordara de Balder Von Blairer, el que fuera el antiguo Blade de su padre, y a quien conoció en su más tierna infancia. Y así fue como ambos comenzaron su aventura juntos, bajo el arcoíris nacido tras la tormenta que otorgaba al paisaje un cariz de cuento de hadas.

